

y aproximarse a los españoles (20). No contentos con verlos en los caminos, algunos se dirigieron ocultamente á los cuarteles, y á quince ó veinte desgraciados indios dieron muerte los centinelas teniéndolos por espías; y sin embargo, por lo que ahora puede juzgarse atendido el transcurso del tiempo, no hubo verdadero motivo para tal sospecha. La desconfianza poco encubierta de la corte y los consejos que habia recibido el general de los aliados, al mismo tiempo que le hicieron estar en guardia, parece que produjeron en él una crecida propension, al menos en el caso presente, á dar crédito al peligro (21).

La mañana siguiente temprano, cuando se preparaba el ejército á dejar el lugar, llegó un correo suplicando al general difiriese su partida hasta despues de la llegada del rey de Tezcuco que avanzaba á encontrarle. No tardó este en presentarse, conducido en un palanquin ó litera ricamente encrustada con láminas de oro y piedras preciosas, y adornada de pilares curiosamente trabajados que sostenian un dosel de plumas verdes, color favorito de los príncipes aztecas. Iba acompañado de una numerosa comitiva de nobles y oficiales inferiores. Cuando el señor de Tezcuco llegó á presencia de Cortés, descendió de su palanquin, y los obsequiosos oficiales barrian el lugar por donde debia pasar. Era un jóven como de veinticinco años de edad, de gallarda presencia, erguido y magestuoso porte. Hizo la salutación acostumbrada con personas de alto rango, de tocar la tierra con la mano derecha y levantarla despues á la cabeza. Luego que se levantó, abrazóle Cortés, y el jóven príncipe le informó que venia como representante de Montezuma á conducir á los españoles á la capital. Entonces presentó al general tres perlas de un tamaño y lustre extraordinario, quien en recompensa colocó en el cuello de Cacama una cadena de cuentas de vidrio, la cual donde este era tan raro como los diamantes, debe confesarse tenia un valor tan efectivo como los últimos. Despues de este cambio de cortesías y de las seguridades mas respetuosas y amigables por parte de Cortés, el príncipe indio se retiró dejando en los españoles una profunda impresion de su pompa y ostentacion, superior á todo lo que hasta entonces habian visto en el pais (22).

(20) „De todas partes era infinita la gente que de un cabo é de otro concurrían á mirar á los españoles, é maravillábanse mucho de los ver. Tenian grande espacio é atencion en mirar los caballos; decían, „Estos son Teules,“ que quiere decir demonios.” Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib 33, cap. 45.

(21) Cortés refiere este hecho al emperador con bastante frialdad. „E aquella noche tuve tal guarda, que así de espías, que venian por el agua en canoas, como de otras, que por la sierra abajaban, á ver si habia aparejo para ejecutar su voluntad, amaneciéron casi quince, ó veinte, que las nuestras las habian tomado, y muerto. Por manera que pocas volvieron á dar su respuesta de el aviso que venian á tomar.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 74.

(22) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 75.—Gomara, Crónica, cap. 64.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib, 33, cap 5.

„Llegó con el mayor fausto y grandeza que ningun señor de los mejicanos auíamos visto traer.... y lo tuvimos por muy gran cosa: y platicámos entre nosotros, que cuando aquel cacique traía tanto triunfo, qué haría el gran Montezuma?” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 87.

Volviendo á emprender la marcha el ejército, siguió la orilla meridional del lago de Chalco, cubierta entonces de nobles selvas y poblada de huertos abundantes en frutas propias del otoño, de nombres desconocidos, pero de ricos é incitadores colores (a). Frecuentemente pasaban por campos cargados de doradas cosechas, y regados por canales que se alimentaban con las aguas del lago vecino. Todo manifestaba una cuidadosa y bien dirigida labranza, esencial al mantenimiento de una crecida poblacion.

Dejando la ribera, llegaron los españoles al gran dique ó calzada que se prolongaba por unas cuatro ó cinco millas y dividía al lago de Chalco del de Xochimilco hácia el poniente. En la parte mas estrecha tenia la extension de una lanza, y en algunas la suficiente para que pudieran caminar ocho ginetes de frente. Era una fábrica sólida de cal y piedra que atravesaba en línea recta el lago, y que llamó la atencion de los españoles como una de las obras mas notables que habian observado en el pais. Al pasarla, veian el alegre espectáculo de multitud de indios que en sus pequeñas canoas cruzaban el lago por todas direcciones, deseosos de ver á los extranjeros, ó que llevaban los productos del pais á las ciudades vecinas. Quedaron tambien asombrados con la vista de las chinampas ó jardines flotantes, las islas errantes de verdura de que hablaremos adelante, llenas de flores y legumbres, y que se movian como balsas sobre las aguas. Alrededor de sus márgenes y una que otra vez mas hácia el lago, divisaban pequeñas ciudades y aldeas, que medio ocultas por el follaje y esparcidas en blancos grupos sobre la playa, parecían desde lejos manadas de cisnes silvestres que descansaban tranquilamente sobre las olas. Una escena tan nueva y sorprendente llenó de admiracion á los rudos conquistadores. Parecíales un encanto, y no encontraron otra cosa con que compararla, sino á las mágicas pinturas de „Amadis de Gaula” (23). Pocas descripciones por cierto de esta ú otra leyenda de caballería, podían competir con la realidad de lo que tenían á su vista. La vida del aventurero en el Nuevo Mundo, era un romance puesto en acción. No es pues de admirar que el español de aquellos tiempos, llena la imaginacion en su patria con sueños de encanto y con realidades en el Nuevo Mundo, hubiera desplegado un entusiasmo quijotesco, una exaltacion romanesca incapaz de comprenderse por el frio carácter de los hombres de otros paises.

A la mitad del camino que atravesaba el lago, hizo alto el ejército en la ciu-

(a) En esto hay mucho de romántico: no habiendo en el pais ántes de la conquista mas frutas que algunas de las de tierra caliente, en el Valle de Méjico las únicas que se producian eran los tejocotes y los capulines; los españoles llamaban á estos últimos *cerezas de la tierra*, que es lo que comían durante el sitio de la capital y dos años despues como se verá en su lugar, lo que les causó una epidemia de disenterias.

(23) „Nos quedamos admirados,” exclama Diaz con sencilla admiracion, „y decíamos que parecia á las casas de encantamento, que cuentan en el libro de Amadis!” (Ibid., lug. cit.) Una edicion de este célebre romance con todos los adornos del idioma castellano habia aparecido antes de esta época, pues el prólogo de la segunda edicion hecha en 1521, habla de una anterior publicada en tiempo de los reyes católicos. Véase á Cervantes, D. Quijote, ed. de Pellicer, (Madrid, 1797,) tom. I, Discurso preliminar.

dad de Cuitlahuac, lugar de mediana extensión, pero célebre por la hermosura de sus edificios, los mas bellos dice Cortés, que hasta entonces habia visto en el país (24). Despues de tomar algun descanso en este lugar, continuó su marcha á lo largo del dique. Aunque mas ancho en la parte septentrional, encontráronse las tropas muy embarazadas por la multitud de indios que no contentos con ver á los españoles desde las canoas, subieron á la calzada y se colocaron en filas por ambos lados del camino. Temiendo el general que sus columnas se desordenasen, y que la demasiada familiaridad disminuyera el saludable respeto que les tenían los nativos, se vió obligado no solo á mandar que se le abriese camino, sino á amenazar para conseguirlo. Al paso que se acercaba á la capital advertía un cambio considerable en los sentimientos mostrados hácia el gobierno. Oía solo hablar de la pompa y magnificencia de Montezuma; nada de sus opresiones. Muy al contrario de lo que sucede comunmente, parecia que el respeto á la corte era mayor en los lugares mas inmediatos á ella.

De la calzada pasó el ejército á la estrecha punta de tierra que divide las aguas del lago de Chalco de las del de Tezcuco; que si en aquellos días ocupaban muchas millas, ahora están muy disminuidas (25). Atravesando esta península, entraron á la residencia real de Iztapalapan, ciudad que segun Cortés, contenia doce ó quince mil casas (26). Estaba gobernada por Cuitlahua, hermano del emperador, quien para hacer mas honor al general, habia invitado á los señores de algunas ciudades vecinas que como él mismo pertenecian á la casa real de Méjico para que estuvieran presentes á la entrevista. Verificóse esta con mucha ceremonia, y despues del acostumbrado presente de oro y delicadas telas de algodón (27), se sirvió un banquete á los españoles en uno de los grandes

(24) „Una ciudad, la mas hermosa, aunque pequeña, que hasta entonces habiamos visto, assi de muy bien obradas casas, y torres, como de la buena orden que en el fundamento de ella habia, por ser armada toda sobre agua.” (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 76.) Los españoles dieron á esta ciudad acuática el nombre de Venezuela, ó pequeña Venecia. Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 2, cap. 4.

(25) El Barón de Humboldt, en su admirable carta del Valle de Méjico, ha marcado con puntos los límites conjeturales del antiguo lago. (Atlas géographique et physique de la Nouvelle Espagne, (Paris, 1811,) carte 3.) No obstante el gran cuidado con que lo trabajó, no es siempre fácil reconciliar su topografía con los itinerarios de los conquistadores, tanto mas, cuanto que el aspecto del país ha cambiado por causas naturales y artificiales. Es menos posible combinar sus aserciones con los mapas de Clavijero, Lopez, Robertson y otros, que difieren igualmente en la topografía é historia.

(26) Varios escritores aseguran que los españoles visitaron á Tezcuco en su tránsito á la capital. (Torquemada, Monarquía ind., lib. 4, cap. 42.—Solís, Conquista, lib. 3, cap. 9.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 4.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 74.) Este episodio improbable que debe advertirse ha conducido á aquellos autores á algunas confusiones geográficas, por no decir errores, es demasiado notable para que se hubiera pasado en silencio en la minuciosa relacion de Bernal Díaz, y en la de Cortés; y sin embargo ninguno de los dos alude á él.

(27) „E me dieron,” dice Cortés, „hasta tres ó cuatro mil castellanos, y algunas

salones del palacio. Aquí tambien la perfección de la arquitectura, excitó la admiración del general, tanto que en el ardor de su entusiasmo no vaciló en asegurar que algunos de estos edificios eran iguales á los mejores de España (28). Eran de piedra, y sus espaciosas habitaciones tenían techos de olorosos cedros, al mismo tiempo que los muros estaban adornados con cortinajes de algodón muy fino de brillantes colores.

Pero la gloria de Iztapalapan consistia en los celebrados jardines, en los que el señor del lugar habia empleado todo su cuidado y prodigado sus rentas. Cubrian una inmensa extensión de terreno: estaban divididos en cuadrados regulares, y las sendas que los interceptaban, tenían por ambos lados enrejados cubiertos de flores y aromáticos arbustos que impregnaban el aire con sus perfumes. Estos jardines estaban adornados de árboles frutales, traídos de lugares distantes, y de las vistosas flores que pertenecen á la Flora mejicana, científicamente ordenadas, y creciendo brillantes en la temperatura uniforme de la mesa central. La sequedad natural de la atmósfera habia sido superada por medio de acueductos y canales, que conducian la agua en todas direcciones.

En un lugar á propósito, habia una pajarera que contenia numerosas especies de aves notables en esta region, así por la brillantez de su plumaje, como por su canto. Los jardines estaban cortados por un canal que se comunicaba con el lago de Tezcuco, y de un ancho suficiente para que pudieran entrar las canoas que venian de este último. Pero la fábrica mas bien trabajada, era un inmenso estanque de piedra lleno de agua hasta una considerable altura y bien provisto de diversas clases de peces. Este estanque tenia mil y seiscientos pasos de circunferencia, y estaba rodeado de una banqueta tambien de piedra bastante ancha para que pudieran ir de frente cuatro personas. Las paredes estaban curiosamente insculpidas, y una hilera de escalones conducia hasta el fondo de la agua, la cual surtia los acueductos arriba mencionados, ó recogida en las fuentes, difundia una perpetua y agradable frescura.

Tal es la descripción que se nos ha trasmitido de estos célebres jardines, en una época, en que semejantes establecimientos de horticultura, eran desconocidos en Europa (29); y aun pudiera dudarse la existencia de ellos en este país medio civilizado, si no hubiera sido un hecho tan notorio en aquel tiempo, y no estuviera atestiguado tan explícitamente por los invasores. Apenas habia pasado una generación despues de la conquista, cuando estas escenas encantadoras sufrieron un triste cambio. La ciudad misma fué abandonada, y las márgenes del lago vieron sembradas con las ruinas de edificios que en un tiempo fueron su orna-

esclavas, y ropa, é me hicieron muy buen acogimiento.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 76.

(28) „Tiene el señor de ella unas casas nuevas, que aun no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas.” Ibid., p. 77.

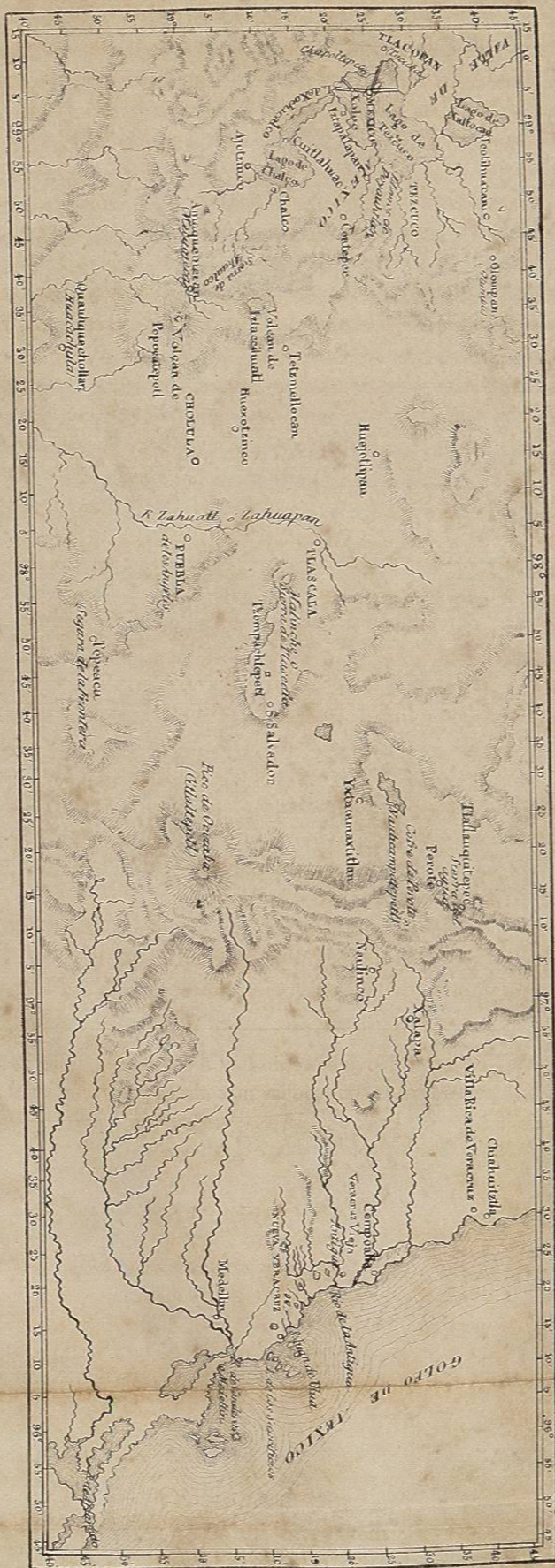
(29) Dícese que los primeros jardines de plantas en Europa, se formaron en Padua el año de 1545. Carli, Lettres américaines, tom. I, let. 21.

mento y su gloria. Los jardines participaron del destino de la ciudad. Retirándose las aguas se extinguieron los medios de conservarlas; las florecientes praderas se convirtieron en inmundas ciénegas, guarida de despreciables reptiles, y el pato silvestre fabrica su nido en el lugar donde ántes se levantaron palacios de príncipes (30).

En la ciudad de Iztapalapan se acuarteló Cortés aquella noche. Puede imaginarse la multitud de ideas que se agolparian á la mente del conquistador, pues rodeado de estas pruebas de civilizacion, se preparaba con un puñado de soldados á entrar en la capital de un monarca, que como tenia bastante razon para conocer, le miraba con desconfianza y aversion. Esta capital solo distaba ya unas pocas millas, y se veía clara y distintamente desde Iztapalapan. Sus soberbios edificios, heridos por los rayos del sol de la tarde, y moviéndose su sombra en las azuladas aguas del lago, la hacian parecer como una bella creacion, mas bien que como una obra de la mano del hombre. A esta ciudad de encanto se preparaba Cortés á entrar la mañana siguiente.

(30) Rel. seg. de Cortés, ubi supra.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 44.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 13.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 87.

Mapa del país por donde pasaron los españoles en su marcha a México.



CAPITULO IX.

ALREDEDORES DE MEJICO.—ENTREVISTA CON MONTEZUMA.—ENTRADA A LA CAPITAL.—RECIBIMIENTO AMISTOSO.—VISITA AL EMPERADOR.

1519.

Luego que asomó la aurora reunió el general español á sus soldados. Colocábanse con corazon palpitante bajo sus respectivos estandartes al toque del clarin, cuyo sonido se repetia por el lago y los bosques hasta que se perdía en distantes ecos entre las montañas. El fuego sagrado que se conservaba en los altares de los innumerables teocallis, veíase confusamente al traves de la espesa niebla de la mañana (a), indicando el sitio que ocupaba la capital, hasta que los templos, las torres y los palacios, se dejaron ver en todo su esplendor con la brillante luz que al levantarse el sol por el extremo oriental comunicó al hermoso valle. Era el 8 de Noviembre de 1519, dia memorable en la historia, pues en él fijaron los españoles su planta por la primera vez en la capital del mundo occidental. Cortés con su pequeño escuadron de caballería formaba una especie de guardia avanzada. Seguía la infantería española, la cual, en una campaña sostenida todo el verano, habia adquirido la disciplina y el aspecto marcial de antiguos veteranos. El bagaje ocupaba el centro, y cerraban la retaguardia las indisciplinadas filas de los guerreros tlascaltecas (b). Todo el ejército podia componerse de cerca de siete mil hombres, de los cuales menos de cuatrocientos eran españoles (1).

Por una pequeña distancia, caminaron siguiendo la estrecha lengua de tierra que divide las aguas del lago de Tezcucó de las del de Chalco, y luego entraron al gran dique, que con excepcion de un ángulo cerca del principio, se ex-

(a) En principios de Noviembre no hay niebla en el Valle de Méjico por la mañana ni á ninguna hora, pues son los dias mas claros y hermosos del año. El Sr. Prescott ha confundido en este punto el clima de Méjico con el de Inglaterra ó de los Estados-Unidos.

(b) Era otro género de disciplina, pero no se podian llamar indisciplinadas las tropas de la nacion mas aguerrida del Anáhuac.

(1) Tomó cerca de seis mil guerreros de Tlascala; y algunos pocos de los cempoaltecas y otros aliados indios le acompañaron. El ejército español cuando llegó á Veracruz se componia de 400 infantes y quince caballos. Los soldados desafectos en las reconvencciones que hicieron al general despues de los sangrientos combates con los tlascaltecas, hablaban de haber perdido cincuenta compañeros desde el principio de la campaña. Página 285 de este tomo.